GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

ANTIGUOS Y MODERNOS.

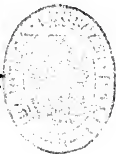
Comedia en un acto original

DE

ANTONIO AFAN DE RIBERA,

(JUAN SOLDADO).





Núm. 2.

Precio 4 rs.

Agosto de 1854.

Málaga: La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.



Aprobada por la Junta de Censura de los Teatros del reino el 12 de Abril de 1854.

Imprenta de D. Francisco Gil de Montes, calle de Cintería, núm. 8.

PERSONAS.

D. RANCIO.
LUIS y } hijos de este.
ROSA.
D. DIMAS, padre de
JORGE.
SILVESTRE, criado de D. Rancio.

La escena es en Málaga.

1,85.......



ACTO UNICO.

La escena representa una sala de un aficionado á antigüedades, cuadros, armas, piedras, un cráneo, pájaros disecados &c. &c. Puerta secreta á la izquierda, una al fondo y otra á la derecha enfrente de la secreta.—Dos sillones y una mesa.

Escena I.

Luis *y* Rosa.

LUIS. ¡Hermana!
ROSA. Hermano.
LUIS. Ay! no sé como decirte, me falta el descaro, la desenvoltura.
ROSA. Siempre fuistes tú muy tímido.
LUIS. Al contrario de tí, hermanita mia; pero volvamos á mi

asunto, estoy.... estoy... pero no me mires tan descarada, así nunca te lo diré.

ROSA. Y ni yo esperaré oirlo.

LUIS. Detente, detente, estoy....

ROSA. Sí, estás....

LUIS. *(Suspirando)*. Enamorado.

ROSA. Y para decirme eso, me has hecho venir en secreto nada menos que á la habitacion antigua, de nuestro antiguo padre? Jesús! entre tanta antigüedad no es tu secreto lo que menos; hace algun tiempo que lo he conocido.

LUIS. Qué perspicacia, hermanita, y por donde lo has conocido?

ROSA. Toma! en tus suspiros, en el poner los ojos en blanco, en haberte visto distraido casi siempre...

LUIS. Pensando en ella.

ROSA. Y sobre todo, en que tú, jóven obediente, sumiso y tímido, has abandonado los penates, esto diria mi padre, yo digo la casa á deshora de la noche y descendiendo no por la escalera sino por el balcon.

LUIS. Oh Dios! y como, hermana, pudiste verlo? deberias estar acostada á semejante hora.

ROSA. Es que estaba desvelada, pensando en.....

LUIS. Sí, en las musarañas que piensan las Señoritas á deshora de la noche.

ROSA. Sí, (no es mala musaraña el pícaro de Jorge).

LUIS. Pero supongo, hermanita, no habrás dicho nada á papá.

ROSA. Quieres callar! los hermanos deben pretegerse, ayudarse en los amores á despecho de los cerrojos de la puerta, y de los papás convertidos en serenos.

LUIS. (Quien le habrá enseñado tal teoria).

ROSA. Con que vamos: me has dicho que estás enamorado, pero no quién es el objeto de tu amor. (Si yo pudiera traerle á mi partido).

LUIS. Es verdad, pues bien, se llama un nombre...

ROSA. Ya empezamos.

LUIS. Poético, sublime, se llama Inés.

ROSA. (La hermana de Jorge, cielo santo!). Oh sí, la conozco; es amiga mia, vaya...

LUIS. Oh placer! abrázame, hermana mia, abrázame porque

supongo que ella te habrá abrazado alguna vez.

ROSA. Vaya, muchísimas; pero Luis mio, es menester preparar un plan, de ataque y defensa, en primer lugar necesitas dejar parte de tu aire de timidez.

LUIS. Eso mismo se me habia ocurrido varias veces.

ROSA. En segundo... (que necesitará en segundo lugar? ah! sí, que idea). Necesitas hacerte muy amigo de su hermano, íntimo, entrañable; esa señorita tiene un hermano, y ya ves si éste se opusiera á mas de su padre.

LUIS. Pues mira, tambien se me habia ocurrido eso.

ROSA. Siempre te se ocurre despues que una lo dice.

LUIS. Pero nó, ese caballerito es para mí muy amable, tiene fama en todo el barrio de calavera, y lo que es mas, de no permitir espantajos como el llama en sus balcones, pero conmigo nada, hace la vista gorda y...

ROSA. (Claro, si quiere á la hermana iba á maltratar al hermano!)

LUIS. Mas no obstante es tu consejo muy á propósito, y procuraré intimar con él todo lo posible; pero tú tambien debes hacer lo mismo con ella, con Inés, mi estrella, mi lucero.

ROSA. Descuida y fia en mì.

LUIS. Eso es, alianza fraternal, moderna, para que siquiera haya algo de nuevo en esta casa. Mas entre paréntesis, toma otro abrazo y hasta un beso te daria, siquiera porque ella....

ROSA. Vamos, no te descompongas.... mas ay, que viene el maldito Silvestre. *(Vánse por la izquierda).*

Escena II.

—

SILVESTRE, *por el fondo con un cajon abultado.*

Gracias á Dios que hemos llegado donde depositar estos trastos, maldita mania le ha dado; no podia mi amo en vez de calentarse la cabeza con esos mamarrachos ocuparse en la labor que le tendria mas provecho? Cuando digo!... pero no es eso lo peor sino que á son de comprar antigüedades, se gasta un capital en

baratijas que de todo tendrán menos antiguas. El otro dia, por ejemplo, le vendieron el cráneo de un mono; al que yo tiraba algunas veces castañas, nada menos que por un cráneo de Aristóteles; digo un mono Aristotélico; pero dígale V. algo y pone á uno de borrico y....

Escena III.

D. Rancio, *saliendo por la puerta falsa.*

Silvestre.

Silvestre. Ya está aqui D. Rancio. Señor, éste es el cajon que ha traido el Relámpago y que yo he recogido en el muelle.

D. Rancio. Qué felicidad! veamos, veamos; estos vendrán cargados de piedras de Grecia y de terrones de la Laconia.

Silvestre. Vaya un bonito cargo.

D. Rancio. Sí, sí, no hay duda, vamos á abrirlos; oh manos! porque temblais al tener que tocar monumentos tan dignos, restos tan sagrados.

Silvestre. Pero Señor, traeré una maceta para echar las piedras griegas, y una caja para los turrones de la Lampona.

D. Rancio. Bruto, salvage, como te atreves á decir tales improperios.

Silvestre. Mas...

D. Rancio. Despeja, digo. (*Vase*). Qué placer esperimenta mi corazon, al tocar estos tesoros! me creo transportado al paraiso, *(vá sacando objetos del cajon)* eh! mirad, mirad aqui una piedra colorada, esta... esta deberia ser de las que usaba Alcibiades para jugar á la rayuela. Pues no digo esta otra! debe de ser, sino me engaño, del sepulcro de Epaminondas; de fijo huele á muerto como un demonio. Oh preciosas antigüedades! sois el encanto de mi vida, mas qué veo? una aceituna, oh dicha inefable! esta será sin duda de las olivas del Cedron... que hermosa, y como se parece á las nuestras! á no venir de Jerusalen pondria á que la habian cogido en el jardin. ¿Mas que esqueleto es este? (*Saca un pato disc-*

cado). ¡Un pato! no, no puede ser un pato, como no sea de los de antes del diluvio.... y qué bien conservadito está; mas si trae su letrero (*Lee*). *El ave Fénix,* oh gran cosa, bien decia yo, que esto no era. .. pero qué diablos, si los Fénix se crian.... mas no importa debe ser sin duda: como vá á rabiar D. Dimas al ver mi nueva coleccion. (*Saca un papel*). Pero y esto! una carta, maldita invencion moderna, que será. (*Lee*).

Sr. D. Pantaleon
Rancio Añejo y otras yerbas,
adjuntas á esta le envio
de antigüedades muy nuevas
un cajon que está formado
con olorosas maderas
sacadas del Monte Líbano
y de los llanos de Meca.

Y yo que queria quemarlo! (*Lo coge*). vamos á ver á que huele el cedro del Líbano... puf! que peste á chinches... ¿qué es esto? nada, sigamos debo estar resfriado cuando no acierto á distinguir su aroma. (*Lee*).

Item mas, vá el ave Fénix
que ha costado bien cogerla
pues se queria quemar
que es lo que hacen todas ellas.
Van tambien unas cañitas
de forma alargada, y huecas,
llamadas *cornus corniri*
recien venidas de América. (Esto debe de ser muy bueno).
Y en fin las que V. verá
anotadas en la cuenta,
que ha importado todo ello
cinco mil ciento cincuenta
reales, que me mandará
al pedirle la respuesta. (*Cesa la carta*).

Ay! Dios mio, que final tan moderno y desgraciado. 5000 y pico de reales; pero señor, de donde saco esta suma, si el cráneo de Aristóteles agotó mi último recurso. ¡Oh antigüedades y cuanto me costais! mas qué hacer, esto es preciso pagarlo, porque sinó á Dios corresponsal: nada, venderé otra finca, y saldremos del apu-

ro. Vamos á esconder esto en mi gabinetito no vengan mis hijos á husmearlo. *(Vase por la puerta secreta).*

Escena IV.

D. Dimas *y* Jorge *por el fondo.*

D. DIMAS. Ven, hijo mio, quiero presentarte á un antiguo amigo hombre de saber y vastos conocimientos en muchas cosas, y en fin que sigue mis mismas opiniones; ya puedes inferir.

JORGE. *(Con mal humor).* Sí, ya infiero...

DIMAS. Mira que gusto respira todo; allí cráneos, aquí piedras; digo, y esto que es solo una simple sala, que si vieras su gabinete secreto... pero aqui para entre nosotros tiene algunas antigüedades que espero me ceda y....

JORGE. Me traen á mi para que las lleve, y podia haber buscado un mozo de cordel.

DIMAS. Insolente, mal hijo.....

Escena V.

Dichos y Rosa.

ROSA. *(Por la izquierda).* ¡Que veo! Jorge.

JORGE. Ah Rosita mia; viva mi buena fortuna! qué dicha volverte á ver.

ROSA. ¿Pero como has venido? y aquel caballero.....

DIMAS. Servidor de V., señorita, vengo á buscar á su papá.

ROSA. Ah pues voy á avisarle. *(A Jorge).* Volveré. (*Vase por el fondo*, Jorge *se queda mirando*).

DIMAS. Mira, alhaja mia, de qué conoces á la hija de mi amigo, pues parece que ya tiene fecha?

JORGE. (*Volviéndose*). Que hermosa, que divina!

DIMAS. Que... que dices.

Jorge. Aquella calavera, digo que es bella.

Dimas. Si, no eres tú mal calavera, pero respóndeme, de qué conocias á la hija de mi amigo?

Jorge. Calle, con que vuestro amigo!... con que la hija! con que V.!...

Dimas. Con que el demonio! acabarás de responder?

Jorge. Oh, si señor, voy al momento ¿Pero qué os dá padre mio? habeis puesto los ojos en blanco.

Dimas. Yo! nada, no, bribon, es que no quieres responderme.

Jorge. Otra vez los ojos en blanco.

Dimas. En negro es donde no quieres tú que los ponga, pícaro, responde ó ...

Escena VI.

—

Dichos y D. Rancio *y* Rosa *por el fondo.*

Rancio. *Salve anticuo.* Dios Salve á los antiguos.

Dimas. Pantaleon, amigo mio, como estás? qué placer!

Rancio. Tan bueno para servirte, y tu familia? pero y éste jóven es tambien aficionado.

Dimas. No, es mi hijo Jorge.

Jorge. Servidor.

Dimas. Que como sabes, te dige iba á presentártelo; quiero se vaya aficionando y al lado de nosotros pueda distinguir los siglos que cuentan un hueso, y las generaciones de una calavera.

Jorge. (Y yo que nunca he podido distinguir mas que los vivos). Tendré sumo placer en gozar de tan grata compañia y si su amabilidad...

Dimas. (En mi vida he visto á mi hijo tan fino).

Rancio. Quiere V. callar! el gusto será nuestro, y apropósito, han venido VV. á la mejor ocasion del mundo, acabo de recibir un cajon con una porcion de curiosidades.

Dimas. Y donde, donde están?

Jorge. (A qué me hace que las vea?)

Rancio. Pasaremos á mi gabinete; por ser tu hijo, le concedo libre entrada; ya sabes que á todos les está prohibido.

DIMAS. Jorge, dá las gracias á ese Caballero.
JORGE. Oh sí. (Mejor me hubiera quedado fuera). Adios Rosa.
DIMAS. (*En la puerta*). Siempre de cuchicheos con Rosa.... vamos, mia serán las antigüedades. *(Vanse)*.

Escena VII.

—

Bosa, *despues* Luis.

ROSA. Y vá á dentro, eso es, alli estarán toda la mañana, y mientras tanto no podré verle ni hablarle, malhaya las manias de mi padre!
LUIS. Rosa, hermana mia, y mi padre se ha ido?
ROSA. Quiá! Está alli dentro enseñando sus chirimbolos á unos amigos; á que no te figura quienes son? vamos, no me ves disgustada y contenta.
LUIS. Entonces te entiendo menos, ¿quiénes son?
ROSA. Son Jorge....
LUIS. ¡Tu novio!
ROSA. Y D. Dimas su padre.
LUIS. ¡Mi futuro suegro!... oh, pues no me detengo ¡qué fortuna, estará Inés sola, y voy á pelar no una pava, sino cincuenta.
ROSA. Pero Luis, detente, que padre preguntará por tí.
LUIS. Si, pues dile que he emigrado, que estoy en Pequin. (*Vase*).
ROSA. Estos son los hermanos, egoista, se vá á ser feliz, y no se le ocurre buscarme un pretesto para que vea á Jorge, Jorge que estará ahi dentro pelándose los vigotes de corage.
RANCIO. *(Dentro)*. Luis, hijo Luis, trae la calavera de Aristóteles.
ROSA. No digo, ya está llamando.
JORGE. *(En la puerta)*. No se incomode V., D. Rancio; yo las traeré.
ROSA. Jorge!
JORGE. Ay Rosa mia, si ahora no cojo un tabardillo, soy invulnerable, pero dime, me quieres, me quieres mucho?

Rosa. Si, pero...

Dimas. (*Dentro*). Jorge, Jorge.

Jorge. Ya voy, estoy escogiéndolas.

Rosa. Calla, si no hay mas que una.

Jorge. Eso no le hace. (*Pilla la calavera*). Te adoro, hermosísima.

Dimas. (*En la puerta*). Ja, Ja! vamos á ver si vienes.

Jorge. (*Entrega la calavera y se queda en el dintel*). Rosa, ya que he logrado pisar este recinto es menester resolver el modo de abreviar nuestros padecimientos, es fuerza que este viejo me conceda tu mano porque si nó....

Dimas. Jorge.

Jorge. Allá voy. (*Se cuela de un salto dentro*).

Rosa. Está divertido; así voy á tomar una sustancia á la conversacion que dará gusto: que gana tengo de dejar todos los misterios y esplicar de una vez á mi padre lo que deseo.

Jorge. (*Saliendo*). Ya están enredados en una disertacion sobre una mómia, y así podremos nosotros continuar la nuestra. Rosa, estoy resuelto á decírselo todo á tu padre y al mio; y sea como quiera te he de amar siempre.

Rosa. Eso mismo estaba pensando, Jorge mio, y además que yo cuento con mi hermano, pues motivos muy poderosos...

Jorge. Si, ya sé que ama á mi hermana y que es correspondido.

Rosa. Pues de este modo, ambos haremos la súplica, y ha de tener mi padre entrañas de tigre ó nos concederá la gracia de la alianza; así pueden hacerse dos bodas, y seremos todos felices.

Jorge. Ah, Rosa mia, no puedes figurarte cuanto te quiero. (*De rodillas*). Dime que me amas, ó no me levanto hasta el fin del mundo.

Rosa. (*Dándole la mano*). Ya eres un buen picaruelo.

Escena VIII.

Sale Luis *por el fondo*, D. Rancio *y* Dimas *por la puerta secreta.*

Luis. ¡Mi hermana!
Rancio. ¡Mi hija!
Dimas. Ja, ja, y ahora te convencerás de lo que te dige? (*Se acercan*).
Jorge. Padre, señor, afuera los misterios y vamos á las esplicaciones, amo á vuestra hija y soy correspondido: ved pues lo que disponeis de nosotros.
Rancio. Muy bien, caballerito, ya trataremos de eso: interin, Rosa, márchate, y déjanos solos, y tu Luis lo mismo, te permito vayas á dar una vuelta por la Alameda; tengo que hablar con D. Dimas.
Rosa. (Jorge, en la ventana te espero).
Luis. (Pues vuélvome á la reja de Inés). (*Vánse los tres*).

Escena IX.

Rancio. Y bien amigo mio, ya estamos solos, habla pues; ¿qué tenias que decirme?
Dimas. En primer lugar felicitarte por tu nueva adquisicion, son preciosidades que honran tu gabinete.
Rancio. (No dige, ya le han dado flechazo).
Dimas. Y en segundo proponerte una liga.
Rancio. (*Con entusiasmo*). Una liga! quizás la compañera á la que tengo que perteneció á Tocasta, muger de Edipo?
Dimas. Qué tonteria, es una alianza, como si dijéramos tú Roma y yo Cartago.
Rancio. No, permiteme Cartago y Roma, Roma fué mas antigua.
Dimas. No señor que...
Rancio. Cómo ..
Dimas. (Vamos si no cedo, no hay medio de orillar el negocio). Bien como quieras; mas volviendo á nuestra con-

versacion, voy á esplicarme mas claro; tú tienes dos hijos y yo otros dos, pues bien ellos se quieren, casémosles.

RANCIO. ¡Cómo! mi hijo tambien se entrega á esa maldita invencion moderna de buscar novia... pícaro?

DIMAS. Porque no, siempre ha sido lo mismo, y tú en tus tiempos...

RANCIO. En mis tiempos era otra cosa; yo estuve estudiando cerca de dos años de qué manera efectuó su casamiento Dido y Eneas para poder hacerlo igual.

DIMAS. Eso es, poder buscar manera de escaparte en las embarcaciones, vulgo diligencias.

RANCIO. No, viví con ella en paz siempre, cuatro años, porque al quinto...

DIMAS. ¿Sucedió la escena del puñal?

RANCIO. No, se cayó por la escalera. Pobre muger; ya conocia de oidas á Cenobia y distinguia sin equivocarse el busto de un perro y un gato Romano.

DIMAS. (Dios la tenga en su gloria) pero en fin, qué hacemos?...

RANCIO. Oyeme en confianza, mis negocios no están en el mejor estado, las antigüedades me arruinan, y para efectuar dos bodas se necesitan dar dotes y adelantos que mi posicion no me permite hacer.

DIMAS. Si es ese el motivo no tengas cuidado; yo gracias á Dios aumento mi fortuna y Jorge podrá mantener á su muger, como mi hija llevar un buen dote á su marido: solo en cambio te ecsigiré una cosa.

RANCIO. Pide, pide.

DIMAS. Pues bien, que regales á tu hijo el cornus, corniri, recien venido de América, y dés á Rosita la peluca de Ciceron.

RANCIO. Imposible: y es esa, falso amigo la union que me propones? bien lo conozco, quieres arrebatarme mis hijos, es decir lo moderno para que sirvan de cebo á lo antiguo! nunca, nunca consentiré, pídeme de mis bienes todo, todo, menos mis preciosos monumentos.

DIMAS. Con qué es decir que sacrificas el bien estar de tu familia, por guardar cuatro mamarrachos que de nada te sirven.

RANCIO. ¡Qué se entiende mamarrachos! cuando su posesion es

tu designio; mal amigo, oh! si yo tuviera el casco de Aquiles y la partesana de Pirro, me habias de dar nna satisfaccion.

Dimas. (Y yo que soñaba en poseerlas). Con qué es decir que te niegas absolutamente? no te convencerás á deshacerte del cornus, corniri?

Rancio. Primero mi vida, sí, todo acabó entre nosotros: le prohibo venir á tu hijo á mi casa, y yo pondré los medios de apagar tal amor.

Dimas. Corriente, haré lo mismo, no seremos suegros, mas te juro has de acordarte de mí. (Oh! yo poseeré la peluca de Ciceron). (*Vase*).

Rancio. Cuán caro me cuesta ser dueño del cornus, corniri! (*Vase.*)

Escena X.

—

Rosa. Gracias á Dios está todo arreglado; voy á ser esposa de Jorge, á quien amo con todo mi corazon; ya nada falta á mi felicidad, sino que mi padre cediera en su capricho. De qué le sirve arruinarse para juntar eso que él llama antigüedades? pobre de mí que no puedo disuadirle de su proyecto.

Silvestre. (*Saliendo por el fondo*). ¡Ay Señorita, que me alegro de hallaros, ha venido un hombre reclamando el precio del cajon que hoy he traido á su papá, y es una infamia engañen de ese modo á un hombre honrado; han conocido su mania, y estan arruinándolo con falsedades; oh! es una pillada que no permanecerá oculta.

Rosa. Con qué esos titeres que figuran venir de Grecia, y aun mas lejos son...

Silvestre. Chinas de la playa, yerbas de la ciudad.

Rosa. ¿Mas por donde has podido enterarte de eso?

Silvestre. Es un milagro, Señorita; ved esta carta que se le cayó del bolsillo al sacar el pañuelo al pícaro que trajo el recado, leedla y conocereis la trampa; yo lo hice y me guardé muy bien de devolvérsela.

Rosa. (*Leyendo*). Qué infame, es preciso enseñársela á mi padre.

Silvestre. Sí, sí, eso es lo mejor. (*Vase*).

Escena XI.

Luis.	(*Saliendo*). Rosa, hermana mia, terrible acontecimiento; ya no somos felices.
Rosa.	¡Pues qué pasa!
Luis.	Que padre ha prohibido la entrada en esta casa á Jorge y amenazándome á mí de que deje los amores.
Rosa.	Esto mas, Dios mio!
Luis.	Pero yo no lo he hecho; ayudado por Jorge, he visto á Inés, y lo he arreglado todo, si, nos casaremos.
Rosa.	¿Pero y él?
Luis.	No tardará en venir.
Rosa.	Cómo?...
Luis.	Favor por favor, he consentido en su disfraz, y conociendo la manía de padre, vendrá ofreciéndole una antigüedad de gran mérito, en cambio de tu mano.
Rosa.	Qué locura ¿y si lo conoce?
Luis.	Descuida, está bien disfrazado, mas helo aquí.

Escena XII.

Dichos y Jorge *vestido de estrangero.*

Jorge.	Il signor un duonno se halla? (*Riyéndose*). Rosa, Luis, que te parezco?
Rosa.	Ja, ja, perfectamente, que raro!
Jorge.	Esto es muy bonito, así me asemejo á todos los paises; me servirá despues para las máscaras.
Luis.	Corro á avisar á mi padre, cuidado no te rias!
Jorge.	Cuando salga, dejadnos solos. Rosa consientes en esta burla inocente?
Rosa.	Por ser tuya en todo, aunque tengo tambien un medio de desengañarle: mas ya viene.

Escena XIII.

Dichos, y D. Rancio.

Luis. Este es el caballero que desea hablaros, padre mio.
Jorge. (*Hace una profunda reverencia*). Yo sonno.
Rancio. Bien, dejadnos solos, hijos mios.
Jorge. (*Hace un saludo á Rosa*). Oh la bella donna.
Rosa. (*Yéndose con Luis*). Picaron. (*vánse*).

Escena XIV.

Jorge *y* D. Rancio.

Rancio. Sepamos, Caballero, quien es V. y cual es el orígen de su visita.
Jorge. Je me appello, Giorgi Embrollinini, naturale de Genova in Italiá.
Rancio. Muy Señor mio. (Embrollinini).
Jorge. Mais sabiendo la vuestra aficione por lo antico deseaba tener la ocasion de presentarme per vostro homildísimo servitore.
Rancio. Mil gracias (Ya caigo es un compañero). ¿Y de donde venís ahora?...
Jorge. Ah Signor! hace diez años que por la terra marcho; he recorrido la América, Asia, Africa y España, he besado el Santo Sepolcro, almozado en las ruinas de Tebas, y dormido á tuto dormir encima de la Tumba de Patroclo.
Rancio. Quién tan dichoso como vos! habreis visto mucho, observado costumbres etc., traido preciosas antigüedades.
Jorge. Ba, ba, ba. Ciertísimo credite que por buscar esta que tengo lo honor de le montre, he corrido la Tartaria, parte de lo Américo Septentrional, le cabo de San Vicente, la Conchina, é finalmente la pude coger en el centro del pais de los monas.

Rancio. ¡Cómo del pais de las monas!

Jorge. Ah, perdonate, mi querer dicir de los Amazonas.

Rancio. Eso es otra cosa, veámosla.

Jorge. (*Saca en un papel muy liado un diente*). Regarder.

Rancio. Un diente!

Jorge. Como diente, ser muela, si signore é perfecta.

Rancio. Bien, y para esto habeis recorrido la Cochinchina! Corriente; pasad y vereis mis...

Jorge. Oh bárbaro barbarisimo, no te perdono la tua estupidez, ¿cómo voz el antico mas célebre, no conocer á legua la muela del juicio del Signor Moisés?

Rancio. Oh amigo mio, teneis razon; dispensadme; á ver á ver, sí, es preciso!

Jorge. Hallata por mi en la cumbre del Sinai; con que vedite si conta siglos de antiquedad.

Rancio. Qué precioso monumento! oh cedédmelo, pedid, pedid por el, no titubearé en daros la recompensa; hablad, quereis vendérmelo?

Jorge. Con plaissir, mais en cambio...

Rancio. Hablad, hablad.

Jorge. Quiero la mano de esa bella donna, que parece ser vostra figlia.

Rancio. (La mano de mi hija, pues no es poco! un estrangero, mas al fin es un sabio, trae un tesoro; digo, la muela de Moisés; y vacilaré en concedérsela?) Voy á llamarla, esperaos.

Jorge. Dios nos saque con bien.

Escena XV.

—

Dichos y Silvestre *con* D. Dimas *en el fondo.*

Dimas. Pues he de entrar, lo he visto y quiero enseñarlo á obedecer sus obligaciones.

Silvestre. Está prohibido.

Rancio. Que es esto?

Jorge. (Mi padre)!

Rancio. Déjalo entrar Silvestre, que pase, generosidad con los enemigos (se vá á morir de envidia). *(A D. Dimas que*

sale). Mirad, mirad, la muela de Moisés.

DIMAS. Idos al diablo con vuestras sandeces. *(A Jorge).* Caballerito que hace V. aquí con tal disfraz, insolente!

JORGE. (Tiró el diablo de la manta).

RANCIO. Pero conoces al señor?

DIMAS. Lástima sea, no conoceré á mi hijo.

RANCIO. ¡Su hijo! y vendiéndome la muela de Moisés!...

JORGE. Padre mio, disimulad; el amor me ha hecho dar este paso, he abusado del señor, por pedirle la mano de su hija.

RANCIO. ¡Ah Dios mio!... corriente cásese V.

DIMAS. Pero cedes el cornus corniri?

RANCIO. Eso nunca.

DIMAS. Pues venga mi hijo.

Escena final.

—

Rosa *que habrá escuchado en la puerta entrará con* Luis *y* Silvestre.

ROSA. Deteneos un momento, caballero, no tardará mi padre en ceder; quiero esplicároslo todo.

DIMAS. Veamos.

*(*Rosa *le dá una carta á su padre que lee en alta voz)*

RANCIO. Que es esto?

SILVESTRE. Leed, leed la carta que se le cayó al pícaro que trajo el recado.

RANCIO. *(Leyendo).* «Querido Juan: la adjunta es una libranza «contra D. Panteleon Añejo y Rancio, que cobrarás al ins-«tante que vayas: este es el buen hombre á quien ha-«cíamos tragar chinas de la playa por antigüedades «Romanas; hoy mismo te mando unas astas de ciervo «bajo el título de cornus corniri de América. Tuyo **Juan.**» Que infamia abusar así de un hombre honrado.

ROSA. Demasiado crédulo, padre mio.

JORGE. (No era mal dote la peluca de algun tiñoso).

LUIS. (Digo, y mi suegro que queria para mí el cornus, corniri).

DIMAS. ¡Jesus!! y yo que las hubiera pagado á tan buen precio!

RANCIO. Como ha de ser, Silvestre, cuando venga ese bribon avisa